



ISIDRO FABELA POLÍTICO REVOLUCIONARIO

POR EL ING. JORGE L. TAMAYO.

Por una lamentable deformación del concepto, en el ambiente de México se ha ido extendiendo recientemente una idea equivocada sobre el político; generalizando la impresión que producen muchos de los hombres públicos que pasan por “políticos”.

Se le considera veleidoso, inconsecuente, carente de ideales y con ambiciones no legítimas. Esta concepción es la antítesis de lo que debería entenderse por el político, con gran perjuicio de la evolución democrática de la Nación. Lo más serio es que abundan los individuos que actúan conforme las características anteriores y se aceptan como políticos.

Por el contrario, hay que pensar que el político es el hombre que, con una gran sensibilidad de la realidad humana que le rodea, lucha por la mejoría de su pueblo con desinterés y miras altas, siguiendo la trayectoria que sus convicciones le han definido.

Tradicionalmente México ha carecido de políticos; a veces por falta de capacidad de quienes dirigen algún movimiento; otras porque el egoísmo y la ambición les hace seguir caminos equivocados y se frustran como políticos, convirtiéndose en caciques, dictadores o simples comparsas, según sus alcances y posibilidades.

Al nacimiento de nuestra nacionalidad nos faltaron políticos. Sólo unos cuantos alcanzaron esa jerarquía y no pudieron tener visión y capacidad suficientes para estructurar a la nueva Nación. De ahí que hayamos iniciado nuestra vida institucional con numerosas rémoras y estorbos.

Más adelante, sólo unos cuantos oteaban el panorama mundial de su época y estaban pendientes de la rápida evolución que se realizaba, para que con los pies en México y conscientes de nuestra realidad, hacer que siguiera el mismo ritmo y no quedara a la zaga.

Lamentablemente su falta de influencia sobre la opinión pública; sus errores tácticos en otros casos; o su desconocimiento de la realidad mexicana, les impidieron ser efectivos directores o encauzadores del progreso de México, pese a su buena intención.

Fue necesario que llegaran las luchas de la Reforma y contra el Imperio para que, se creara una generación de verdaderos políticos, dispuestos al sacrificio, honestos y firmes en sus convicciones.

Quienes han estudiado la vida institucional de los regímenes liberales de 1855 a 1875, tienen que reconocer que un espíritu democrático era visible en todos los actos y en la mayoría de la vida pública y privada de los funcionarios en el poder.

Los diputados y más tarde los flamantes senadores, sabían cumplir con sus funciones. Las iniciativas del Poder Ejecutivo se discutían; se rechazaban si procedía; se hacía crítica en voz alta y en la tribuna, de la actuación del presidente y sus secretarios de Estado. A su vez, los presidentes fueron respetuosos de la libertad de expresión de diputados y senadores y muy especialmente de la prensa.

Esto se repetía en cada uno de los estados en mayor o menor grado, por lo que puede afirmarse con certeza que esta etapa de la vida de México es una demostración de que nuestra Patria sí puede vivir y actuar democráticamente.

El porfiriato dio al traste con esto y en unos cuantos años mató las prácticas democráticas y más tarde los mismos ideales tuvieron que refugiarse en periódicos de corta vida o clandestinos.

Los altos funcionarios y representantes populares descendiendo de sus categorías, dejaron su función política para convertirse, con escasas excepciones en servidores de un dictador y aún en lacayos.

Afortunadamente "no hay mal que dure cien años" y ni pueblo que lo soporte, agrego yo, por lo que llegó el desbordamiento del descontento popular y saltó a la escena política la Revolución Mexicana.

Qué estimulante es seguir la historia de este movimiento, ver cómo surgen los precursores y cómo de entre ellos se van formando las personalidades que depuradas habían de constituir la generación de políticos revolucionarios de 1910.

Es una nueva floración que actúa con calor y entusiasmo, en un momento crucial de la vida de México. Lamentablemente la di-

rección política del grupo en el poder no fue acertada y tuvimos que ver el Cuartelazo, la Decena Trágica, el asesinato de Madero y Pino Suárez y al fin, la dictadura.

Los hombres del Maderismo, políticos incipientes no reaccionaron acertadamente, algunos acobardados se sumieron nuevamente en el anonimato; otros, los pocos, sirvieron a la traición; y varios se agruparon en torno a los signatarios del Plan de Guadalupe.

Durante la lucha militar, la acción política permaneció en receso, excepto la política internacional que tuvo que hacerse con gran talento, patriotismo y habilidad.

Isidro Fabela fue de los hombres que sirvieron a la Revolución, en la Cámara de Diputados, en la XXVI Legislatura en actitud vertical y, más tarde, colaborador cercano, auxiliar valioso, inspirador a veces, de la política internacional del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista.

El crítico más exigente no puede negar a esa política su sentido mexicano, patriótico, su contenido revolucionario y aún su propósito de solidaridad iberoamericana y es más, una clara posición anti-imperialista en el mejor sentido.

Fabela debe sentirse satisfecho de haber sido actor de esa nobilísima tarea, y qué bien que ha logrado larga vida, que le ha permitido ser ahora el cronista de la gesta.

Después en sus funciones diplomáticas, representando con decoro y distinción a México, recorrió el mundo, para volver a la Patria y a seguir sintiendo sus palpitaciones.

Su retorno al País lo hizo, consecuente con su línea política vertical. Al enterarse desde Berlín, donde representaba a México como ministro, del movimiento de Agua Prieta, se negó a servir al nuevo régimen y presentó su renuncia.

Pero no se recluyó en su casa, refugio de amargados o tímidos, sino que pendiente de las inquietudes nacionales, volvió a la Cámara de Diputados representando a su estado, dispuesto a luchar, por lo que se alineó en la oposición al obregonismo, lo que le obligó a fines de 1923 a salir del País.

Retorna a México, pero la dictadura callista le cerró posibilidades y tuvo que mantenerse al margen del poder público, pero siempre luchando, ahora en la prensa, a favor de la libertad en México y fuera de él, por ello es que en 1928 apoya el esfuerzo del general Sandino.

El presidente Cárdenas tuvo el acierto de llevarlo a la representación de México a la Liga de las Naciones, y en ese escenario magnífico, en el palacio que se refleja en las aguas del lago Lemán, habló varias veces en nombre de México. Pidió, abogó y finalmente exigió el respeto a la independencia de España y más tarde de Abisinia.

Vuelto al solar nacional, fue gobernador de su estado natal; posteriormente salió al extranjero para ser Juez en el Tribunal Internacional de La Haya, con gran distinción para México.

Como escritor, como funcionario, como representante popular, ha sido consecuente en todo lo largo de su fecunda vida con sus convicciones revolucionarias, democráticas y sobre todo mexicanas.

Es, no cabe duda, uno de los arquetipos del político mexicano de la Revolución.

Qué contraste con otros productos de la gran lucha, que llegados al poder olvidaron su origen personal y el origen de su poder y crearon cacicazgos anacrónicos, varios de los cuales aún sobreviven en 1958; se enriquecieron; abusaron del poder y tergiversando los ideales revolucionarios han contribuido a que el clima democrático casi desaparezca en México y vivamos una suave dictadura sexenal, que no por benigna deja de ser ingrata y sobre todo porque está frenado el progreso y a veces, quiere parecerse a las otras dictaduras criollas del continente y entonces se olvida del respeto a la Constitución e intenta acallar la voz popular que desea expresar su inquietud en plazas y calles.

Fabela ha pasado por la prueba de convivir el ambiente perfumado y perturbador de la diplomacia rutinaria, sobre todo en Europa; ha tenido el poder político de un estado y no lo convirtió en ínsula; ha sido agredido y a la vez ha recibido las seducciones de la gran potencia imperialista de América y sigue siendo fiel a sus opiniones de siempre.

Es verdaderamente conmovedor ver a Fabela preocupado de la reedición de su libro de juventud publicado en Barcelona en 1917: "Los Estados Unidos contra la Libertad", que es quizá el mejor mensaje del político revolucionario firme en sus convicciones.

Por ello, pienso que Isidro Fabela en estos tiempos de pesimismo, es un ejemplo de lealtad entre los hombres.

Afortunadamente la Revolución produjo valiosas figuras, pero lamentablemente el tiempo, la pasión y la violencia frustraron a mu-

chos políticos revolucionarios que tan útiles nos serían ahora, por lo que cuando menos deben recordarlos como estímulo y enseñanza.

Qué útil será que los diputados en funciones se enteren que hubo un Manuel García Vigil de verbo encendido que honró la Cámara de Diputados representando a Oaxaca y quebrando lanzas por sus opiniones; también que existe un Aurelio Manrique que desde su escaño o en la tribuna expresó con claridad su pensamiento y desde tierras lejanas sigue fiel a su rebelde pensamiento. Es necesario decirle a la juventud escéptica de nuestros días que la Revolución produjo políticos limpios: los Pastor Rouaix, los Luis Cabrera, los Luis Sánchez Pontón, los Froylán Manjarrez, los Ramón de Negri, que nunca entendieron la acción política revolucionaria como entrega, ni menos como servilismo y adhesión ciega; en lugar de la genuflexión, cruzaron la vida con la frente en alto y la acción pronta y el verbo candente. De entre estos, sobrevive por fortuna, y aún actuante: Isidro Fabela.

En los últimos tiempos se ha divulgado la idea comodina y regalona de que el político debe conformarse en ajustarse fielmente a las ideas de su jefe incidental; que es inútil luchar contra los intereses creados y que es mejor seguir la corriente y que, cuando se esté en el poder habrá tiempo para pensar en los rumbos a seguir y la obra por realizar.

Por ello es reconfortante la actividad del licenciado Fabela. La conferencia, el cursillo, el artículo, el libro y el discurso, son armas que emplea para recordarnos la doctrina revolucionaria mexicana y hacernos ver que a pesar del tiempo, es aún fuente de inspiración para la solución de los problemas contemporáneos.

En lo internacional sigue clamando contra las dictaduras y los imperialismos; luchando por la independencia efectiva de los pueblos; contra las discriminaciones, etc.

Aún su actitud anticomunista es respetable, porque no es reciente, ni acomodaticia, ni interesada como la de otros; corresponde a su formación espiritual y a su concepción del orden social.

Con agrado me adhiero al homenaje al licenciado Fabela en el quincuagésimo aniversario de su recepción profesional, porque en su larga vida de activo político revolucionario se destacan su lealtad, honradez y firmeza de convicciones, todo ello ejemplar.